

PREOCUPACIÓN POR LOS ACTORES SOCIALES

PRESENTACIÓN DEL LIBRO *IDAS Y VENIDAS, VUELTAS Y REVUELTAS, PROTESTAS SOCIALES EN COLOMBIA 1958-1990*, DE MAURICIO ARCHILA*

María Clemencia Ramírez**

En primer lugar quiero resaltar que la obra de Mauricio Archila que hoy presentan el Cinep y el Icanh, titulada *Idas y Venidas Vueltas y Revueltas, Protestas Sociales en Colombia 1958-1990*, refleja la trayectoria y experiencia del autor sobre el tema de los movimientos sociales en Colombia, pero sobre todo, hace evidente la preocupación de Mauricio por pensar las protestas sociales en Colombia en relación con las tendencias teóricas de análisis predominantes en Europa y Norteamérica, así como sus desenvolvimientos en Latinoamérica con la perspectiva de enriquecer dichas discusiones a partir de las características que asumen los movimientos sociales que toman lugar en Colombia.

El análisis de la acción social colectiva en Colombia que nos presenta se centra en un período que cubre 33 años de historia, signados por dos Pactos, el del Frente Nacional en 1958 y el de la Asamblea Nacional Constituyente en 1990. Como fuentes de información, para el período comprendido entre 1958 y 1974 revisó *El Tiempo* y *El Espectador* contrastando la información con fuentes escritas como revistas y periódicos de los actores sociales o de las organizaciones de izquierda, así como de entrevistas. Además incorporó la base de datos de conflictos huelguísticos que Álvaro Delgado ha construido desde 1960. Para el período comprendido entre 1975 y 1990 usó la base de datos de luchas sociales que construye el Cinep, soportadas en la revisión diaria de diez periódicos entre capitalinos y regionales. Esta información le permite a Mauricio presentar en primer lugar un análisis cuantitativo en el que establece los ritmos y modalidades de las luchas sociales, los actores y sus

demandas, a partir del cual desarrolla una reflexión tanto sobre temas centrales que afloran para ser debatidos como de las tendencias teóricas que han marcado los estudios sobre los movimientos sociales y las protestas sociales que han tomado lugar en Colombia. Me voy a referir entonces, a estos temas

y señalaré las reflexiones que afloran en el libro y que cuestionan y reformulan las teorías que han surgido en respuesta a otras realidades y que contribuyen al debate sobre las características de los movimientos sociales que toman lugar en Latinoamérica.

Atraviesa toda la obra una preocupación central: dar cuenta de los nuevos actores sociales que se movilizan, de sus demandas, y sus identidades colectivas que aunque construidas la mayoría de las veces a partir de referentes no económicos, no dejan de estar infundidas por problemas de clase. La emergencia de estos Nuevos Movimientos Sociales en Europa y Norteamérica que tienen como característica central el no estar enfocados solamente al sistema político o a la reapropiación de la estructura material de la producción, ha sido contrapuesta a aquellos viejos movimientos sociales que se definieron como centrados en la lucha de



* Archila Neira, Mauricio, *Idas y venidas, vueltas y revueltas, protestas sociales en Colombia 1958-1990*, Bogotá, Cinep/Icanh, 2003.

** Antropóloga e Investigadora del Icanh.

clases. Frente a esta diferenciación entre viejos y nuevos movimientos sociales, Archila es enfático al afirmar que "si la contraposición (...) se refiere a diferencias de fondo para anular cualquier análisis de clase, sería inaceptable para sociedades como la nuestra, en donde todavía lo económico crea identidades o afecta las que se constituyen desde otras esferas" (p. 79). Sostiene Archila que para el caso colombiano, la aplicación del marco de análisis de la sociología de la acción de Touraine en la cual el ámbito social se convierte en el *locus* de la acción y el fortalecimiento de la sociedad civil consecuencia de los movimientos sociales, hace que la lucha social no se explique solamente por las contradicciones en la esfera productiva y se incluyan "dimensiones culturales y simbólicas" en el análisis, lo cual es consecuente además con el hecho de que estas dimensiones se encuentran tanto "en la agenda de los actores sociales" como en la "mente de los investigadores sociales" (p. 67). Por lo tanto, la cultura heredada y en transformación constante se señala como un punto central para entender la acción colectiva. Para Archila lo cultural se define a partir de la acción social y así se traduce en los repertorios de contestación, en los marcos culturales de referencia de la acción y en la construcción de identidades. Sin embargo al mismo tiempo que se señala la importancia de mirar la forma en que la gente apropia su cultura para legitimar y motivar la acción se señala el riesgo de "sobreevaluar la cultura y caer en el reduccionismo que hace de ella la única explicación de la acción social colectiva", (p. 60) sin olvidar que "las demandas materiales son moldeadas por la cultura" (p. 269).

En términos conceptuales, la propuesta busca reconocer la existencia de conflictos sociales y actores que se mueven en ellos sin buscar un determinado desenlace, es decir, sin buscar un determinado cambio del orden social o en última instancia una revolución. Rompiendo con esta perspectiva de clase en los movimientos sociales que señalaba el liderazgo obrero como condición para lograr el cambio, Archila aclara además que "no es posible asumir la categoría de pueblo y su derivado, lo po-

pular como sinónimo de movimientos sociales". Al respecto, vale la pena anotar que aquí se refiere a la categoría de movimiento popular propuesta por Leopoldo Múnera en su libro *Rupturas y continuidades, poder y movimiento popular en Colombia 1968-1988*:

...un tipo de particular de movimiento social, generado por el proceso de articulación de acciones y actores, colectivos e individuales, pertenecientes a las clases populares o reunidos en función de ellas, dirigido a controlar y orientar uno o varios campos sociales de conflicto con las clases y los sectores dominantes (Múnera, 1998, 65).

Aclara en su libro Múnera (1998, 472) que con el término clases populares "intentó sintetizar en un mismo concepto las posiciones de los actores en dos esferas: la relación social con la naturaleza y los campos sociales constituidos alrededor de las relaciones de dominación social y política". Busca Múnera con este concepto dar cuenta no solamente de la situación de explotación a la que son sometidos estos sectores de clase como resultado de su relación de producción, sino también de la dominación política y cultural que acompaña dicha explotación. Para Múnera sigue siendo central la lucha de clases para el cambio social, sin perder de vista que a esta acción que busca la transformación estructural de las relaciones de producción debe dársele un sentido. Concluye el autor entonces, que:

La superación de la subordinación de las clases populares depende únicamente de los actores y los movimientos políticos y sociales que orienten sus prácticas en esta dirección y de las relaciones de poder que limitan su praxis (Múnera, 1998, 81).

A partir de estas consideraciones, Leopoldo Múnera va a centrar su libro en el análisis del movimiento campesino que se consolidó alrededor de la Anuc 1968-1974, el movimiento sindical entre 1974 y 1978 y los movimientos cívicos entre 1978-1988.

El libro de Mauricio Archila por su parte, busca dar cuenta de otros actores sociales, no solamente de las clases populares, para lo cual elige la categoría gramsciana de sectores subalternos para designar al factor poblacional que se moviliza. Ranajit Guha representante del Grupo de Estudios Subalternos de la India, definió subalterno como cualquiera que esté subordinado "en términos de casta, edad, género y oficio o de cualquier otro modo". (Citado por Florencia Mallon, 2001, 121) Aquí vale la pena señalar que para Gramsci estos grupos subalternos se conciben como influyendo en las formaciones políticas dominantes y este compromiso se torna crucial para la transformación tanto de las organizaciones políticas dominantes como de las subalternas. Al escoger este concepto Archila está abriendo la puerta a la recuperación de la política, la cultura y las tradiciones de resistencia subalternas así como al registro de la construcción de comunidades políticas alternativas.

De esta manera Archila busca una referencia más amplia de los movimientos sociales, entendidos estos como:

acciones sociales colectivas permanentes, orientadas a enfrentar condiciones de desigualdad, exclusión o injusticia y que tienden a ser propositivas en contextos espacio-temporales determinados (p. 74).

Considerando que la permanencia no ha sido una característica de la acción social colectiva en Colombia, el autor recurre al concepto de protestas sociales que le permite el seguimiento cotidiano de los conflictos:

son acciones sociales de más de diez personas que irrumpen en espacios públicos para expresar intencionalmente demandas o presionar soluciones ante distintos niveles del Estado o entidades privadas (p. 75).

Las protestas sociales son una forma de hacer visibles los movimientos sociales y a la vez éstas hacen visibles a los actores. Por visibilidad entien-

de cualquier huella que hayan dejado los actores en las fuentes consultadas.

Entre los actores sociales los más visibles en cuanto a registros de lucha son los asalariados, entre obreros y empleados públicos, que sumados a los campesinos representan el 54% de las acciones, lo cual muestra la importancia que tienen estos sectores populares como protagonistas de la protesta social en Colombia, sectores que como lo señala Archila son asimilables a la categoría de clase y por lo tanto reflejan el peso de los conflictos de carácter clasista en nuestro país. Ello se evidenció en los análisis de los expertos en el tema durante las décadas de los setenta y ochenta, cuando se registró una alta producción académica sobre el tema, presentándose una disminución considerable al empezar los noventa. El sector cívico presenta un 23% de registros, y es un actor que se caracteriza por su carácter policlasista, presentando un auge en la década de los ochenta sin que se traduzca en un fortalecimiento de su papel político. Con un 18% de registros aparece el sector estudiantil, los empresarios con un 2,2%, los trabajadores independientes con un 2,1%, mientras que las mujeres solo representan el 0,6% de las acciones y los indígenas un 0,4%.

A pesar del bajo porcentaje, el sector de mujeres y de los indígenas para el período estudiado constituyen para Archila "las expresiones más novedosas de la acción social colectiva del país", y en cierta medida son los sectores que llaman al replanteamiento del análisis de clase que venía predominando en el estudio de los movimientos sociales. Otros actores invisibles para estas décadas son los negros que posteriormente construyen su identidad como afrocolombianos, los ambientalistas, las minorías homosexuales y los miembros de cuerpos armados del Estado, actores sociales que empezaban a visibilizarse y para la década de los noventa van a constituir movimientos sociales. Con respecto a los empresarios, Archila aclara, que "no corresponden en sentido estricto a nuestra definición de sectores subalternos" (p. 210). Sin embargo, esta afirmación merece ser debatida puesto que reiteraría la imposibilidad de salir de la perspectiva de

clase que se viene criticando. Vale la pena señalar para este caso, la importancia que adquiere tener en cuenta la posición de los sujetos en determinadas situaciones y contextos, lo cual permite evidenciar que los empresarios pueden constituirse en subalternos frente a las políticas neoliberales y de privatización globales que los afecta, como ha sido el caso de los empresarios agrícolas. La visibilización los empresarios como actores sociales que protestan e interlocutan con el Estado y pueden incidir en la definición de políticas públicas, y en cierta medida articular luchas contrahegemónicas, nos remite a nuevas perspectivas de análisis, asunto central de discusión en el libro. Concluye Archila, entonces, que entre 1958 y 1990

no hubo campo popular que unificara las luchas sociales ni actor que fuera vanguardia, ni organizaciones fuertes que permitieran articular las luchas e imprimirles una proyección nacional (...) la aparición de luchas en distintos planos expresó en forma rica la complejidad del conflicto social (p. 215).

En el capítulo quinto Archila presenta un detallado análisis de la relación que establecieron los grupos de izquierda con las protestas sociales que se presentaron durante el período objeto de estudio destacando su imposibilidad de incluir otras demandas y formas de acción colectiva que no correspondieran a sus lineamientos políticos en cuanto a la lucha de clases claramente diferenciada. En consecuencia, Archila afirma que la izquierda no logró mediar entre la sociedad y el Estado, es decir, no logró recoger las demandas sociales para llevarlas al terreno de lo político. Frente a la exclusión de los partidos tradicionales la izquierda respondió con autoexclusión, lo cual no favoreció a la democracia y llevó a los movimientos sociales a incursionar directamente en la política de manera que la separación entre lo social y lo político tendió a diluirse. A esta tensión se va a referir el autor a lo largo de la obra.

Con la emergencia de estas nuevas identidades en la acción social colectiva se hace evidente como lo señala Archila para el caso del movimiento indígena, "la tensión entre identidad de clase y de etnia, entre demandas de igualdad o de diferencia, entre la ciudadanía universalizante o la condición particular de indígenas". (p. 404) Para el caso de la identidad de género el autor señala que esta categoría es vista como apuntando más claramente a la dimensión cultural de constitución de diferencias y por consiguiente de ejercicio desigual del poder y concluye que "las recientes acciones colectivas de las mujeres en Colombia apuntan a la construcción de una ciudadanía no uniforme, que suponga más equidad pero que respete sus diferencias". (p. 412)

Aunque se reconoce la propuesta de construcción de una ciudadanía no uniforme, no se explora las implicaciones que estas propuestas tienen en la definición de nuestra democracia. Al respecto vale la pena señalar como lo hace Chantal Mouffe (1992) que la pluralidad de identidades a través de las cuales los ciudadanos se constituyen, deben ser legitimadas en las democracias modernas. Más aun, diversidad y pluralidad de demandas y derechos deben tenerse en cuenta lo mismo que conflicto, división, antagonismo y ambigüedad de identidades, como aspectos que definen la democracia y la ciudadanía hoy día. Estos señalamientos nos llevan a preguntarnos ¿qué tipo de democracia están planteando estos nuevos movimientos sociales? Es evidente que se trata de luchas polisémicas que implican concepciones de la democracia y de ejercicio de la ciudadanía diversas, muchas veces ambiguas y en conflicto. Mouffe (2004) insiste en que no hay una sola manera de ser ciudadano: los principios ético-políticos pueden ser interpretados de diversas maneras y a cada una le corresponde una forma de concebir la ciudadanía. Tal como Mellucci lo ha señalado «los movimientos sociales contienen y crean una variedad de significados e identidades que pueden ser estudiadas a partir de la forma en que los actores hablan de sí mismos y de su situación social». (1993, 248)

El llamado para los investigadores es a adentrarse en aquello que los actores sociales definen como democracia o como ciudadanía y ser capaces de darle voz a estos sectores subalternos. Es así como los analistas han tenido que introducir nuevos conceptos como el de "ciudadanía diferenciada", propuesto por Young (1995) para referirse a la incorporación a la comunidad política de grupos sociales diferenciados con representación como tales, cuyos derechos se definen en relación a la pertenencia a determinado grupo. Existen entonces, diferenciaciones culturales que no necesariamente se refieren a grupos étnicos como tales. Es en este sentido que la siguiente conclusión de Archila debe enmarcarse: "la historia social comprendida entre 1958 y 1990 podría resumirse en un cambio de identidades clasistas a identidades ciudadanas con mayor pluralidad y complejidad".

Para ampliar el debate, podríamos afirmar entonces como lo hace Warren (2001) en su estudio sobre el movimiento social Pan-Maya de Guatemala, que más que una tensión entre categorías claramente definidas, o el paso de una a otra, el concepto de clase social se infunde de raza, género y diferencias culturales. Se plantea aquí un campo de trabajo para los investigadores interesados ahora sí en dar cuenta no sólo de las demandas de los actores sociales que se movilizan sino de sus concepciones culturales sobre democracia y ciudadanía que exige desde una perspectiva antropológica antes que partir a priori de una definición de democracia o ciudadanía, el dar cuenta de la naturaleza de las luchas constitutivas de las mismas, es decir de las interpretaciones que hacen de la democracia y la ciudadanía grupos diversos, de su circulación en los discursos hegemónicos y subalternos así como de las formas en que se ejercitan. Esta reflexión se hace imperativa sobre todo hoy que Estados Unidos legitima su intervención en aras de expandir la democracia.

Otro factor que incide en la configuración de los movimientos sociales en Colombia es la violencia la cual se ejerce no solamente a través de la represión sino en una forma simbólica. A este fenómeno se refiere Archila cuando afirma que "si

bien lo económico cuenta en la acción social colectiva en Colombia las decisiones políticas vertidas en el gasto social y recientemente, los indicadores de violencia marcan sus ciclos" (p. 268). Se refiere aquí a la incapacidad del Estado para controlar la violencia, pero sobre todo se hace evidente lo que el autor llama "un descuido social que se traduce en pocas reformas para atender a los sectores subalternos y en precaria institucionalización de sus conflictos" (p. 346). Esto último se convierte en la principal debilidad política del Estado como ha sido señalado por Francisco Leal. En consecuencia, tanto el Estado como los partidos tradicionales abandonaron la movilización de los sectores subalternos y los partidos que emergieron en oposición institucional, como fue el caso del MRL y de la Anapo, tuvieron una muy corta existencia (pp. 357-358). Para Archila al quedar el Estado sin argumentos políticos o programas, éste acude a la fuerza para enfrentar la protesta social y las organizaciones sociales son señaladas como infiltradas por el comunismo o manejadas por la guerrilla en el marco de la Guerra Fría, situación que podemos afirmar continúa a lo largo de los noventa a pesar del fin de la misma.

Concluye Archila señalando que "las clases dominantes le apostaron a una estrategia que estuvo lejos de contribuir a contar con movimientos sociales fuertes y autónomos y que por acción u omisión redundó en el crecimiento de los actores armados de todo tipo" (p. 372). Es así como entre 1958 y 1990 predominó el antagonismo entre el Estado y la sociedad civil y los movimientos sociales vieron amenazada su precaria autonomía por las diversas manifestaciones de violencia. Un factor que incidió en forma directa en el descenso de las luchas en general así como en su desarticulación fue la "guerra sucia" que entre 1987 y 1990 es especialmente intensa y se trata de un fenómeno que marca también un cambio en las demandas que empiezan a centrarse en señalamientos de violación de acuerdos y de derechos humanos. Se evidencia cómo en 1988 la violación a los derechos humanos llegó a ser el principal motivo de movilización de todos los

sectores sociales subalternos. Además entre 1980 y 1990 el derecho a la vida y las movilizaciones por la paz van a estar presentes en las agendas de los movimientos sociales. La exigencia del levantamiento del Estado de Sitio, que cubrió 25 de los 33 años estudiados, fue otra demanda que atravesó las declaraciones públicas de las organizaciones sociales.

Teniendo en cuenta estos resultados arrojados por el análisis de las bases de datos, en su último capítulo titulado "La indignación es justa", Mauricio Archila abre un camino para explorar otras formas distintas a la expresión instrumental para explicar e interpretar la acción social colectiva, al proponer como motor de la lucha social, "las desigualdades que la precaria riqueza suscita en la sociedad" antes que "la carencia de condiciones materiales" (p. 256). Señala la emergencia de una racionalidad no instrumental, guiada por valores y enmarcada en la noción moral de injusticia y afirma que la injusticia se activa cuando se incumplen los pactos de reciprocidad. La injusticia es vista en una doble dimensión por parte de los actores sociales: por una parte como producto de la arbitrariedad del ejercicio de la autoridad y por otra de la de la inequidad o reparto desigual de bienes escasos como ya se había mencionado.

Por último, vale la pena anotar que aunque en su discusión sobre la racionalidad no instrumental señala que las emociones no deben excluirse y se refiere a que sentimientos de furia se desatan ante el incumplimiento de pactos, el autor no se adentra en el análisis de las emociones, de lo subjetivo como un factor que motiva las protestas y la movilización. Esta es una pregunta que queda por responder: ¿cómo trabaja la emoción, cómo son las emociones manipuladas? Es decir, ¿qué tipo de dinámicas subjetivas entran en juego para construir identidades colectivas y de los movimientos sociales? Al respecto vale la pena referirse al señalamiento que hace Mouffe (2004) en cuanto al papel de las pasiones en la construcción de identidades colectivas, llegando a proponer un modelo de democracia que reconozca la centralidad del antagonismo, las identidades colectivas y las pasiones. Finalmente, Archila pro-

pone además reformular la relación investigador e investigado con miras a establecer un diálogo creativo que permita "no tanto saber con seguridad quiénes son los sectores subalternos, sino cómo podemos conocerlos mejor" (p. 463).

En fin, el libro que hoy presentamos motiva la discusión y abre caminos para la investigación y el enriquecimiento del análisis de los movimientos sociales no sólo en Colombia sino en Latinoamérica. Los invito a leerlo.



BIBLIOGRAFÍA

- Mallon, Florencia, 2001, "Promesa y Dilema de los Estudios subalternos: Perspectivas a partir de la historia latinoamericana", en: Ileana Rodríguez (ed.), *Convergencia de Tiempos. Estudios subalternos / contextos latinoamericanos, estado, cultura, subalternidad*, Amsterdam-Atlanta, Ediciones Rodopi, B.V., pp. 117-154.
- Melucci, Alberto, 1993, Social Movements and the Democratization of Everyday Life, En: John Keane (ed.), *Civil Society and the State*. New York, Verso, pp. 245-260.
- Mouffe, Chantal, 2004, "La Política, los Límites del Liberalismo y la Perspectiva Agonística". Presentación en el Seminario organizado por la Facultad de Ciencias Jurídicas y el Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar de la Pontificia Universidad Javeriana durante los días 23, 24 y 25 de Marzo.
- _____, 1992, *Dimensions of Radical Democracy*, London, Verso.
- Múnera Leopoldo, 1998, *Rupturas y continuidades. Poder y movimiento popular en Colombia 1968-1988*, Bogotá, Cerec/Iepri/Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional.
- Warren Kay, 2001, "Los movimientos indígenas como retos al paradigma del movimiento social unificado en Guatemala", en: Arturo Escobar, Sonia Álvarez y Evelina Dagnino (eds.), *Política Cultural y Cultura Política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*, Bogotá, Editorial Taurus/Icanh, pp. 201-234.
- Young, Iris Marion, 1995, "Social Movements and the Politics of Difference", en: John Arthur and Amy Shapiro (eds.), *Campus Wars. Multiculturalism and the Politics of Difference*, Boulder, Colorado, Westview Press, pp. 199-223.